

»Y el mundo redimieron apacibles,  
de Cristo al pie diciendo de este modo:  
— *No hay culpas en el mundo irremisibles:  
permite Dios que se redima todo.* —

»— *¡El mundo es libre!* — de esperanzas llenas,  
las legiones de arcángeles cantaban,  
mientras se iban rompiendo las cadenas  
que al mundo desde Adán aprisionaban.

»Así murió, como vulgar culpable,  
del cielo y de la tierra el Soberano,  
por redimir este orbe miserable,  
del polvo sideral último grano.

»Y así yo del Señor la frente bella  
pude hacer ver, dejando de pasada  
la espesa sombra de la tarde aquella  
por un rayo de luz atravesada.»

Calló Jesús aquí; lanzó un gemido,  
contando el fin del Redentor del mundo,  
y después se alejó, desvanecido  
en cierto no sé qué, vago y profundo.

Y lejos ya, se disipó diciendo:  
«Llamadme y me hallaréis á cualquier hora,  
mientras ilusos caminéis gimiendo  
por este astro feliz donde se llora.»

»Y ya os diré de cómo embelesado  
hacia vosotros hoy tendí mi vuelo:  
poema que en la tierra comenzado,  
acabará cantándose en el cielo.»

Y cuando Honorio y Soledad creían  
traslucir, entre dichas y pesares,  
que, cruzando los cielos, aun lucían  
los ángeles cual fugas estelares,

Vuelven de pronto en sí, tornan los ojos,  
y su ilusión deshecha en el ambiente,  
con las manos cruzadas, y de hinojos,  
se hallaron uno de otro frente á frente.

### ESCENA III

La fuente del olvido

LUGAR DE LA ESCENA: *Un bosque*

PERSONAJES

JESÚS EL MAGO. — HONORIO

### ARGUMENTO

Celoso Honorio, refiere á Jesús el Mago, al borde de una fuente llamada del Olvido, que para hacerse dueño del amor de Soledad, secuestró á su hermano Palaciano.

— ¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!  
dice Honorio contando sus amores;  
y refiere á Jesús, hablando de ello,  
la larga procesión de sus dolores.

Sentados junto al borde de una fuente,  
que brotaba de un bosque en la espesura,  
un espacio sin fin tienen enfrente,  
de aire, de luz, de cielo y de verdura.

— ¡Sólo el amor es grande! — proseguía,  
añadiendo un delirio á otro delirio:  
— Por Soledad dichoso correría  
al crimen, á la gloria y al martirio.

Tengo ¡ay de mí! un hermano, á quien per-  
amándole sin fin, guardo encerrado. (juro,  
Por otro amor más grande y menos puro,  
de su sagrado amor he renegado.

Aunque era Soledad una belleza  
por su padre á mi hermano prometida,  
sentía yo al mirarla esa tristeza,  
que es la bruma del alba de la vida.

Cuanto más la quería en el misterio,  
más crecía el ardor de mis quimeras;  
que el sentido halagado alza un imperio  
que, sin cesar, dilata sus fronteras.

Después que la adoré con desvarío,  
sólo atendí á mi amor y á mi despecho.  
Yo era bueno, muy bueno... mas ¡Dios mío!  
¿cómo arrancar el corazón del pecho?

Por no estorbar la dicha de mi hermano,  
á la gloria aspiré: ¡visión mentida!  
Corrí tras la ambición: ¡empeño vano!  
Amar y ser amado: he aquí la vida.

Fué mi hermano á viajar; y á su regreso,  
aquí, por gentes que compré, asaltado,  
sin saber cómo ni por quién, fué preso,  
escondido después y secuestrado.

Yo su amor usurpando, y él cautivo,  
ninguno de los dos su dicha alcanza:  
vive él sin libertad; pero yo vivo  
roído por un mal sin esperanza.

Después que muera yo, volverá ileso  
á ser en este sitio abandonado;  
y sin saber por quién ni á qué fué preso,  
el porvenir le endulzará el pasado.

Por mi mal, me ha dotado la ventura  
de inútiles riquezas que abomino  
y estirpe casi real; no hay criatura  
más ingrata que yo con el destino.

Y es un tormento para mí espantoso,  
que habiendo delinquido tanto, tanto,  
sólo por ser con ellos generoso,  
cuantos pobres me ven, me llamen santo.

Me juzgaban tan bien, cuando por ella,  
más que en Dios, en Pitágoras creía;  
yo, que por ser lo que su planta huella,  
el cielo con delicia dejaría.

Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,  
que me convierta, por favor divino,  
en el ciprés ó el mármol de su tumba,  
compañero inmortal de su destino.

De Palaciano Soledad prendada,  
le esperaba las horas y las horas,  
y nunca su alma de esperar cansada,  
á otras brisas se abrió restauradoras.

Decía alguna vez cándidamente:  
— Palaciano no vuelve y me abandona: —  
y empezaba á nublarse aquella frente,  
que parece que aguarda una corona.

— Bebe en ella, y tal vez, la dije un día,  
tu amor la fuente del olvido vena. —  
y bebí; mas yo al verlo, me sentía  
desfallecer de dicha y de vergüenza.

Bebió por olvidar, con tal intento,  
que del ingrato se olvidó de veras,  
y en alas se lanzó del pensamiento  
al hermoso país de las quimeras.

Y es santa desde entonces esta fuente;  
pues todo el mundo en la comarca sabe  
que curó á una mujer de limpia frente,  
de celestial candor y aspecto grave.

De la ausencia y los celos ayudados,  
vinieron á estas aguas atraídos  
mil náufragos del alma, allá estrellados  
contra escollos tal vez desconocidos.

¡Ay! Después de beber aguas tan claras  
á sus casas volver, de dicha llenas,  
ví familias enteras, con las caras  
casi todas alegres y serenas.

¡A cuántos ví llegar que, pesarosos  
ni miraban las verdes enramadas,  
y que admiraban, al volver gozosos,  
las praderas de flores esmaltadas!

El agua del olvido de esta fuente  
¿es quien daba á sus almas el consuelo?  
¡No! La ausencia y los celos solamente  
levantan entre dos, montes de hielo.

Que á la ausencia añadidos, son los celos  
el agua del olvido verdadera,  
pues pasan, como un fuego de los cielos,  
esparciendo el rencor por donde quiera.

Ya sin fe Soledad, desde esta fuente  
fué á un convento á buscar la paz perdida;  
que el ídolo, al caer tan bruscamente,  
siempre inmola al creyente en su caída.

Ya sabéis lo que pasa en un convento;  
un día que da fin, y otro que empieza.  
Si crea algún rival el pensamiento,  
son fantasmas que evoca la tristeza.

Bajo un dosel de flores y verdura,  
quise ciego... — ¡perdón para un malvado! —  
ó gozar una vez de su hermosura,  
ó morir á sus piés desesperado.

Oculto en el jardín, todos mis males  
curar, cual visteis, ó morir, quería,  
porque mi pecho en vívidos raudales  
de entusiasmo y de amor se deshacía.

Viendo por vos frustrado, aquella tarde,  
mi intento vil de amor y de despecho,  
mis rodillas flaquear sentí, cobarde,  
y el corazón desfalleció en mi pecho.

Impidiendo mi crimen, aquel día  
llegasteis vos para su bien y el mío,  
pues sin dejarse ver, Dios nos envía  
la dicha, el sol, la lluvia y el rocío.

Y desde entonces, de su pura frente  
respetando el candor y la hermosura,  
bebo el placer sin enturbiar la fuente  
de donde emana mi inmortal ventura.

Como he apurado, en mis furores, tanto  
la copa del dolor hasta las heces,  
tan cerca de los ojos tengo el llanto,  
que sin querer, cual veis, lloro mil veces. —

Como al llegar aquí, nadie ni nada  
alivio le prestaba en su tormento,  
tendió Honorio una rápida mirada,  
y halló la soledad y el desaliento.

Y ve á Jesús, que por los aires sube,  
cual blanco grupo de vapor fulgente,  
como yendo á esperar de nube en nube  
al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,  
ni las aves escuchan, ni se encantan  
con esos ruidos, de misterios llenos,  
que del campo aun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,  
ni las flores, ni el sol, ni la verdura:  
cuando están en el alma, hay donde quiera  
desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando, del aura en el murmullo oye su acento, cree ver las huellas de sus pies andando, y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba de su acerba pasión ponía el sello, andando á la ventura murmuraba:  
— ¡Sólo el amor es grande, él solo es bello! —

#### ESCENA IV

##### La transmigración á un mármol

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

##### PERSONAJES

HONORIO. — JESUS EL MAGO. — SOLEDAD.

##### ARGUMENTO

Como el sentimiento tiende á la metempsicosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide á Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma, alternativa infiel de paz y guerra, rebelión de la carne contra el alma, lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo á Soledad el desaliento, después de su aparente desengaño, entró como novicia en un convento, y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía, ni menos del amor la ardiente llama; deseaba morir, porque creía que Dios lleva consigo á cuantos ama.

Y conforme cambiando iba su mente en santas oraciones sus delirios, su cutis fué tomando lentamente el color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento? Sin pesares allí, sin alegrías, sucediendo un momento á otro momento, los días sucedieron á los días.

Y sólo, al fin, en su semblante puro las huellas se miraron de sus penas, cuando ya en una red de azul oscuro se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, la dejó por amor de otros amores, (acaso, sólo le pide á Dios que abra á su paso, en honor á sus pies, sendas de flores.

Pues ella triste, sin pasión, sin celos, al odio y al amor indiferente, como una desterrada de los cielos sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos, el rezo llegó á ser su afán diario, entre sus dedos, por la fiebre enjutos, deslizado las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio, teniendo en derredor á cuantos quiere, su mano de marfil tiende hacia Honorio, les dice — ¡adiós! — y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos, después Honorio, en lágrimas deshecho, su sepulcro oprimiendo entre las manos, lo estrechó con furor contra su pecho.

Cual ráfaga hacia allí Jesús avanza, mientras Honorio, con los ojos presos de Soledad en el sepulcro, lanza miradas voluptuosas como besos.

Y dice así: «Ya os lo conté: *por ella, más que en Dios, en Pitágoras creía, yo, que por ser lo que su planta huella, el cielo con delicia dejaría.*

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba, que me convierta, por favor divino, en el ciprés ó el mármol de su tumba, compañero inmortal de su destino.

»¡Que en posesión de sus cenizas, pueda con ellas ver mi corazón cubierto; que el hado la ventura me conceda de hablarla de mi amor después de muerto!

»¡Que me deje sufrir el cielo amigo junto á esta tumba mi dolor eterno, aunque por ella aquí sufra el castigo de todos los horrores del infierno!»

Dijo Honorio; y en tanto que aguardaba lo que el mago Jesús le respondía, en las sienes su sangre martilleaba, y hasta latir su corazón se oía.

Y contestó Jesús: ¿Piensas que el cielo te dará, ni en la misma sepultura, un período de tregua y de consuelo, un oasis de paz y de ventura?

»Transmigra, pues; mas que eludir se intente la pena de una culpa, es un delirio: si transmigras, Honorio, eternamente, sólo harás infinito tu martirio.

#### ESCENA V

##### La penitencia

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

##### PERSONAJES

PALACIANO. — HONORIO. — CORO DE ALMAS CELOSAS. — JESÚS

##### EL MAGO

##### ARGUMENTO

Libre Palaciano del secuestro, va á visitar la tumba de Soledad. Al verle, levántase sobre el mármol la Sombra de Honorio, y empieza á sufrir la serie de padecimientos que le auguró Jesús el Mago.

No importa cuál, pero en la noche aquella la luna destilaba, adormecida, como una grande y moribunda estrella, una especie de luz de la otra vida.

Honrando á Soledad, cuenta la gente que de su tumba al pie vela algún mago; y los guardas de allí creen firmemente que en el mármol aquél flota algo vago.

Y algún misterio habrá, pues nadie ignora que del fúnebre mármol se contaba que al tacto de la brisa y de la aurora, como la estatua de Memnon vibraba.

En noche tan tranquila, ni un acento del cementerio en derredor se oía; la luna desde el alto firmamento como un disco de plomo descendía.

En calma tal, Honorio, de repente, se levantó del mármol vengativo, viendo llegar á un hombre de ancha frente, de airoso porte y de mirar altivo.

Era su hermano ¡ay triste! el que veía, que, libre del secuestro, en su impaciencia, la tumba ver de Soledad quería, con su amor, exaltado por la ausencia.

De celos de ultra-tumba Honorio herido, consternó con un ¡ay! el horizonte, que, de un sepulcro en otro repetido, el eco lo llevó de monte en monte.

Se acerca Palaciano, y cual si hubiera turbado del sarcófago la calma, un suspiro se oyó, como si fuera un sollozo nacido de algún alma.

Y Honorio — ¡atrás! — entre sentido y fiero gritó con una voz que nadie oía; — antes que á ella, á mí y al mundo entero, y á mi madre y á Dios renunciaría.

»No encontrarás la dicha en parte alguna; mudarás de dolor, mas no de duelo; hasta en la tumba es loca la fortuna, y no hay eterno amor sino en el cielo.»

Dijo Jesús; y al éter, fugitivo, le vió Honorio volar á su presencia, después que sus flaquezas, compasivo, con el manto cubrió de su indulgencia.

— Vuelvo á tu lado, Soledad querida, Honorio prorrumpió, y el cielo quiera que, después de llenar toda mi vida, llenes también mi muerte toda entera. —

Con voluntad tan firme y tan constante quiere morir, que muere porque quiere; vivía con la vida de su amante, y fiel á su pasión, con ella muere.

Activo, enamorado, violento, naufrago ya, sin brújula ni estrella, con el vivo puñal del pensamiento se asesinó para morir con ella.

Y el mármol del sepulcro contemplando con alma y vida, de alegría loco, la densidad del mármol penetrando, sintióse en él filtrar muy poco á poco.

El mármol con la carne confundiendo, parece que uno en otro se fundía; la carne se iba en mármol convirtiendo, y algo de carne el mármol se volvía.

Su espíritu en los poros derramado, lento y escaso se sumió primero; mas luego se recoge, y, concentrado, en el mármol, por fin, se vierte entero.

Y un sordo ruido de absorción se siente, como el que hace, al sorber, seca la tierra: no hiere el corazón tan tristemente del ataud la tapa que se cierra.

Después que hubo al sarcófago querido transmigrado de Honorio el pensamiento, sólo se oyó en el mármol un quejido, y un sollozo en la ráfaga del viento.

Así dió fin, tan triste y tan oscura, esta historia, de amor y de ansias llena, encerrando una misma sepultura el criminal, el crimen y la pena.

Sólo un guarda infeliz, de espanto yerto, se encontró al despuntar del otro día, un muerto, tan inmóvil como un muerto, sobre un mármol que vivo parecía.

Los que, muertos de amor, sabéis mi historia, venid el alma á ver más desdichada, aquí, donde el martirio es una gloria, mansión fatal de gente asesinada. —

A su acento, por valles y por cumbres, una legión de espíritus alados chispearon, cual las rápidas vislumbres de las tardes de estío en los sembrados.

Y nadando en suspiros, el ambiente inundan en su curso vagaroso los que llevan clavado eternamente el aguijón del padecer dichoso.

Y al ver á Honorio de dolor transido, casi vuelan felices á su lado los que, al morir de celos, han sufrido el odio del amor desventurado.

En el aire, por fin, envuelto en ira, el fantasma de Honorio reverbera; duda su hermano, retrocede, y mira la sombra de su horrible calavera.

Era su misma imagen: Palaciano, al verla, fué á gritar — ¡hermano mío! — mas vió que aquella imagen de su hermano, más que sombra, era un hueco en el vacío.

Y — ¡un milagro! — exclamó. Después, su perdiendo el infeliz sobre sí mismo, (perio abandonó cobarde el cementerio, siendo un hombre avezado al heroísmo.

Y Honorio prosiguió: — ¿Quién ver podría su sepulcro por otro profanado? ¡Atrás! porque, si no, me vengaría, aun después de mil años de enterrado.

¿Nunca han de dar á un verdadero amante, ni el mundo bien, ni paz la sepultura? Un consuelo, ¡un consuelo en este instante, en que siento, en que toco la locura! —

Y hasta consigo el desdichado en guerra, turbulento, iracundo, arrebatado, blasfemando del cielo y de la tierra, el pecho se golpeó, desesperado.

— Manda un ángel, buen Dios, en mi consuelo! exclamó Honorio; y cuando así exclamaba, Jesús hacia su tumba, desde el cielo, cual la sombra de un sueño se inclinaba.

Y dijo con la plácida indulgencia, que la bondad con el rigor auna: — Penitencia, hijos míos, penitencia; contra el orden de Dios no hay fuerza alguna. —

De almas celosas el doliente coro, gimiendo aquí y allí, los aires hiere, cual si Jesús tuviese el ramo de oro que manda á los fantasmas como quiere.

Y á su voz, cada espíritu tranquilo buscó con humildad su sepultura, volviendo á hallar en el sagrado asilo el silencio, la paz y la frescura.

Y de nuevo Jesús dijo apiadado: — Paciencia, Honorio, en el dolor, paciencia; sufriendo tu destino resignado, rescatará tu mal la penitencia. —

Calla Jesús; en el recinto santo ni una sombra se ve, ni se oye un ruido; sólo Honorio de pie gime entretanto, en su prisión de mármol retenido.

Todo sigue después sin vida alguna; el aire sordo, encapotado el cielo; en el fondo del mar se hunde la luna, y una negruzca luz rastrea el suelo.

Y Honorio, sus dolores sobrehumanos aglomerando en su inmortal cariño, cubriéndose la cara con las manos, se quedó sollozando como un niño,

#### ESCENA VI

#### La idolatría

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

#### PERSONAJES

PALACIANO. — HONORIO. — CORO DE ESPÍRITUS BUENOS. — CORO DE ESPÍRITUS MALOS

#### ARGUMENTO

En la ceguedad de la idolatría, la opinión popular, fascinada por la generosidad de Honorio, le tributa honores casi divinos. Avergonzado de esta honra inmerecida, rompe Honorio, por gracia de Jesús el Mago, su prisión de mármol, y huye rodeado de espíritus.

— ¡Un milagro! — repite al otro día del cementerio en torno el pueblo unido. ¿Quién el torrente contener podría de un vulgo en sus entrañas conmovido?

Exige el pueblo, de entusiasmo lleno, que se tributen entre gozo y llanto sufragios al mortal, honras al bueno, y un *Te-Deum*, por fin, al casi santo.

Ya á oír el panegírico, se junta, de la virtud de Honorio, el pueblo entero, y en la capilla al cementerio adjunta, canta el *Te-Deum*, en su honor, el clero.

Mas la sombra de Honorio, vengativa, los vió llegar, de tan ingrato modo, que lanzó una mirada tan activa, que ella sola abarcara el mundo todo.

Cuanto más sin razón se vió ensalzado, tanto más se vió Honorio despreciable, y el lúgubre fantasma del pasado se alzó delante de él inexorable.

Llega el momento, al fin, que en aquel día de Honorio el panegírico comienza; mas él, al escucharlo, no podía el peso soportar de la vergüenza.

— ¡Bien haya Honorio! — el sacerdote exclama; — su nombre ha de brillar entre los nombres que han venido á encender con pura llama el santo amor de Dios entre los hombres. —

Y al ver que el sacerdote continuaba poniéndole de ejemplo á los humanos, Honorio, que, leal, se despreciaba, cubrióse la cabeza con las manos.

Y solo, y abismado en su paciencia, en silencio después sufre el castigo de esa lucha infernal de la conciencia, que tiene á Dios tan sólo por testigo.

De Honorio el panegírico seguía; el público escuchaba placentero: lo mismo que su voz, cuando vivía, su nombre hace vibrar á un pueblo entero.

Mas al llegar ¡oh escándalo! á su oído del *Te-Deum* la música sagrada, el canto del honor no merecido pasó su corazón como una espada.

Mientras los hombres, con ferviente celo, — A Ti, Señor, cantamos, — entonaban, los ángeles gozosos desde el cielo con sonrisa inefable se inclinaban.

Y en tanto que en su honor el canto oía, — ¡Miseria humanidad, que imbécil honra, — el desdichado Honorio prorrumpía, — á quien, cruel, la diezma y la deshonra! —

Y á coro con el místico concierto, gritó, torva la faz y alta la mano: — ¿No oís la voz de Dios en el desierto? ¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano? —

¡Suerte fatal! El infeliz quería su acento hacer oír; mas, vano empeño: su voz sonaba cual sonar podría un suspiro lanzado en un ensueño.

Sólo arrullan á Honorio con sus quejas los que, al cumplir su terrenal destino, dejaron su virtud, cual las ovejas la lana entre las zarzas del camino.

Los ámbitos llenando de la esfera, así seguía el religioso canto: — A Ti toda la tierra te venera; á Ti todos te llaman Santo, Santo. —

Correspondiendo á tan sagrado celo, admirados, alegres, rutilantes, los ángeles circulan por el cielo, cual formados de polvo de diamantes.

Los espíritus malos, de los buenos envidiaban, gimiendo, la victoria; y el canto continuaba: — Y están llenos los cielos y la tierra de tu gloria. —

Con Honorio, entre tanto, se lamentan aquellos que, como él, han delinquido, que hasta en la vida eterna se alimentan del pasto de las lágrimas querido.

Le cercan los malditos por amores con su aflicción, más que la dicha, amada: esa aflicción tan dulce en sus dolores, que no quiere jamás ser consolada.

Y el himno continuaba de esta suerte: — Con tu sangre, Señor, nos redimiste, y el aguijón rompiendo de la muerte, las puertas de los cielos nos abriste. —

Oyendo de su Dios las maravillas, miró Honorio hacia arriba fascinado, y vió á Jesús orando, de rodillas, en un trozo de cielo iluminado.

— Permittedme, exclamó, que dignamente sólo un pesar sin deshonor me vengas; haz que un gran castigo me atormente, mas no que me atormente la vergüenza.

Dejadme que transmigre, le decía, á otro dolor más grande y más eterno; permittedme que escoja, proseguía, algún rincón de dicha en el infierno. —

Una mano de luz cruzó el ambiente, de luz más clara que la luz febea, y al tenderla hacia Honorio dulcemente, benévolo Jesús le dijo: — Sea. —

Al *sea* de Jesús se oyó un chasquido, y á Honorio que gimió; mas éste á poco se sintió, roto el mármol, desprendido, y el aire hendió con el terror de un loco.